

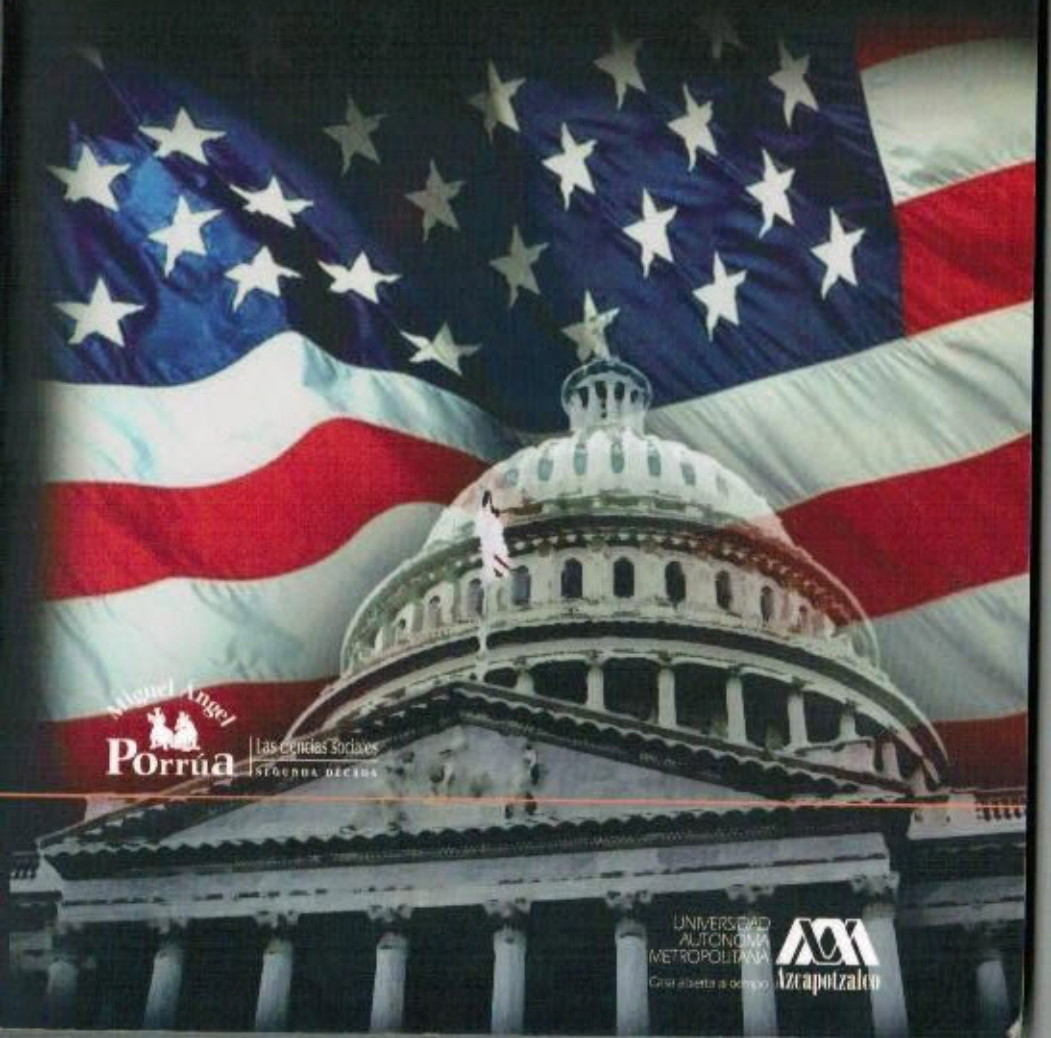


# LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE

## TRAYECTORIA DE UNA DISCIPLINA

---

Godofredo Vidal de la Rosa



Alfonso Ángel  
**Porrua**

Las Ciencias Sociales  
SEGUNDA DECADA

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
METROPOLITANA  
Ciudad de México



Azcapotzalco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES



# LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE TRAYECTORIA DE UNA DISCIPLINA

Godofredo Vidal de la Rosa

ISBN 978-970-9000-00-0

2006

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

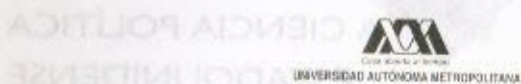
2006

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se realizó en el marco del proyecto de investigación "El desarrollo de la ciencia política en México: un estudio de caso de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) a través del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIT).





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

*Rector General*

Dr. José Lema Labadie

*Secretario General*

Mtro. Javier Melgoza Valdivia



*Rector*

Dr. Adrián de Garay Sánchez

*Secretaria*

Dra. Sylvie Turpin Marion



*Director*

Dr. Roberto Gutiérrez López

*Secretario Académico*

Mtro. Gerardo González Ascencio

*Jefe del Departamento de Sociología*

Dr. Mario González Rubí

*Coordinadora de Difusión y Publicaciones*

Dra. Elsa Muñoz García

Esta investigación, arbitrada por pares académicos,  
se privilegia con el aval de la institución coeditora.

A CIENCIA POLÍTICA  
ESTADOUNIDENSE  
TRAYECTORIA DE UNA DISCIPLINA

Gobernador Valde de la Rosa



Primera edición, noviembre del año 2006

© 2006

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD AZCAPOZALCO

© 2006

Por características tipográficas y de diseño editorial  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley  
ISBN 970-701-841-0

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

WWW.MIGUELANGELEDPORRUA.COM.MX

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01100 México, D.F.

CONEXIÓN

## Journalists

En el mundo de los periodistas el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran. Para Olga y Juan Carlos

*Para Olga  
y Juan Carlos*

El lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas.

El lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas.

El lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas.

El lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas. Para Olga y Juan Carlos, el lenguaje es uno de los elementos que más se valoran en el mundo de los periodistas.



## Introducción

ESTE es un ensayo sobre el estado actual de la ciencia política. El criterio de selección temática es muy simple: se han elegido tres enfoques genéricos que han dominado los debates y las prácticas de la investigación teórica y empírica. Cada enfoque se caracteriza por una aproximación específica a sus temas, por medio de métodos predilectos. El tópico genérico de los tres enfoques ha sido la democracia política contemporánea. Sin embargo, ninguno de éstos ha desarrollado una teoría general de la democracia.

Los enfoques sobre la democracia enfatizan los aspectos abiertos a la investigación y exploran los límites de los conceptos para estudiar la realidad, es decir, son programas de investigación. En esto difieren las teorías más orientadas hacia la evaluación de conceptos o ideas, las cuales se denominan *normativas*, porque están interesadas en el "cómo debe ser" el mundo de la política, antes que en describir "cómo es".

A las teorías que investigan el "cómo es" el mundo social les llamaremos *empíricas*, en el sentido de que se exige aplicar una exploración extensiva de la realidad antes de evaluarla. La exploración empírica es una característica de la ciencia social moderna y la ciencia política no sólo no es una excepción, sino un exponente disciplinario destacado de esta convicción.

Los tres enfoques que analizo son: el llamado movimiento conductista, la teoría de la elección racional y las teorías neoinstitucionalistas. He escrito un capítulo sobre las teorías de la modernización, aunque en rigor forman parte del primer enfoque, donde encuentran sus fundamentos conceptuales, metodológicos e ideológicos. Destacar los contenidos ideológicos ha sido una

meta importante de este estudio, aunque su objetivo principal no es el de exponer a la ciencia política como una ideología. De hecho, el ensayo contiene la convicción de que ni las ciencias sociales empíricas ni las normativas están exentas de distorsiones, o como dice Charles Lindblom, *impairment* (o la descalificación de los aspectos de la realidad, incómodos a los argumentos teóricos o ideológicos).

Esta distorsión no se encuentra sólo en las preferencias individuales de cada investigador, sino muchas veces en la construcción conceptual, o simplemente aparecen como preferencias políticas implícitas o "metidas de contrabando" en una obra. Esto es común en la práctica de la disciplina y ciertamente los politólogos, como todos los científicos y filósofos, deberían estar alertas para no distorsionar nuestra reflexión, con elementos partidistas o con la promoción implícita de una visión del mundo sobre otra. Esta demanda forma parte de la ética de la investigación y está presente en el programa de la ciencia social de Max Weber y por cierto, forma parte del código de ética implícito del investigador contemporáneo.

Pero otra característica es que en todos los casos nuestro objeto de estudio es la ciencia política estadounidense. La elección es inevitable porque ésta ha sido influyente en la construcción del perfil de la disciplina. El que esto sea así es en parte producto del accidente histórico de las dos guerras mundiales que devastaron la vida universitaria en Europa. Es tentador especular acerca de qué habría pasado si, por ejemplo, en Alemania, el liberalismo hubiera triunfado y no hubiera prevalecido el nazismo, y las ideas programáticas de Max Weber se hubieran instaurado en la academia germana.

Por supuesto que la expresión "ciencia política estadounidense" requiere algunas explicaciones. En primer lugar, se refiere a una disciplina desarrollada a través de más de 10 décadas, y que se ha caracterizado por la pluralidad de sus enfoques y la constante renovación de sus métodos y problemas. Esta diversidad invita a sugerir una sucesión y superposición de "paradigmas", más que un cuerpo unificado de teorías. Y en realidad sería adecuado empe-

zar afirmando que la primera característica es la ausencia de un marco teórico unificado.

En la ciencia política estadounidense, a diferencia de la sociología, no hay grandes teorías unificadoras, o intentos para alcanzarla. Tampoco hay teorías de largo aliento filosófico, a la manera común de la teoría política europea en la segunda mitad del siglo xx. De hecho la pluralidad de enfoques y las teorías de alcance medio predominan a lo largo de la trayectoria de la disciplina. Así que es conveniente indicar la aparente paradoja de este ensayo. Se trata de un esfuerzo por comprender la identidad plural de la ciencia política y sugerir que existe un canon disciplinario.

Es así como el objetivo de este trabajo es examinar el desarrollo de la ciencia política estadounidense a través de sus debates internos, y observar cómo estas discusiones han formado su inconfundible identidad. En este sentido, la elaboración de temas, métodos y aproximaciones ideológicas a los problemas políticos, han sido resultado de la dialéctica interna que se ha forjado durante un siglo.

Mi propósito es elaborar una aproximación comprensiva de la ciencia política de los Estados Unidos, en particular, entender y subrayar la tensión entre sus ambiciones de lograr un estudio acerca de la política por medio de métodos científicos, y sus supuestos ideológicos, con frecuencia implícitos, como lo es la identificación original entre el programa liberal y el método científico.

La tensión entre ciencia *acerca* de la política y la comprensión *política* ha sido una y otra vez el tema de polémicas a lo largo de los decenios. En esta investigación, estos debates son decisivos porque acompañan la constante reconfiguración de los tópicos y orientaciones. En esta rúbrica, las tensiones y hasta incongruencias de la fusión entre la ideología liberal y la ciencia política han sido el objetivo de los ataques que desde la izquierda y la derecha ideológicas se les han lanzado. Sin embargo, ideología del liberalismo y ciencia política no son, en este caso, como el agua y el aceite, sino que se mezclan una y otra vez para producir las diversas variantes.



Hay que resaltar que las embestidas contra la fusión entre ciencia social y liberalismo político provienen de dos fuentes: la primera, es la filosofía política (también identificada como teoría política normativa) y la segunda, es más cercana a la crítica epistemológica que cuestiona las bases positivistas, a veces más imaginarias que reales, de la ciencia política contemporánea. Ambas cuestiones serán abordadas hasta las conclusiones, pero es conveniente advertirle al lector de estas fuentes de tensión en el desarrollo de la identidad de la disciplina que nos ocupa.

En otras palabras, este ensayo trata sobre el oxímoron de una ciencia política *ideológica*, si entendemos que el liberalismo (y sus variantes) es una ideología política moderna, y de hecho, la cosmovisión ideológica contemporánea hegemónica en el ámbito mundial. En el ensayo, aunque tomo en cuenta las críticas que desde afuera de la disciplina han elaborado los filósofos normativos, abordo sobre todo la manera en que la misma actividad disciplinaria ha ido respondiendo a estos cuestionamientos. Estas respuestas son el meollo de la construcción de su identidad. Una ciencia política empírica no es necesariamente positivista ni necesariamente fundada en la premisa de la separación entre valores y hechos por parte del observador o analista.

El trabajo se ha dividido, con algo de heterodoxia, en cuatro capítulos monográficos, seguidos por las conclusiones. El primer capítulo trata acerca de la formación de la identidad disciplinaria hasta su punto máximo de homogeneidad, alcanzado durante el movimiento *behaviorista* (conductista). Este capítulo es importante porque examina las condiciones para la fundación de lo que he llamado el canon disciplinario. El apartado sigue una narrativa histórica, sin ser un estudio histórico, en él aparecerán los temas básicos, los juicios y los prejuicios con los que la ciencia política estadounidense ha construido su identidad en los 30 últimos años.

El segundo capítulo continúa al primero, en el sentido de que la ciencia política estadounidense estableció los temas de la modernización y el desarrollo político (en parte como una contrapartida a las doctrinas marxistas y los enfoques *dependentistas* del





El tema central de este trabajo es abordar el carácter de la *identidad* de la ciencia política a lo largo de un siglo de actividad disciplinaria. El enfoque del ensayo comparte, en general, la siguiente apreciación:

Marcada por un énfasis en la política liberal, una constante tensión con la democracia, y con unas bases conceptuales que se asientan en una visión no metafísica del Estado moderno, la ciencia política es reconocible como una empresa claramente definida cuyo desarrollo ha sido marcado y delimitado por debates intelectuales. Como una disciplina, a la ciencia política puede faltarle un paradigma definitivo, pero no una identidad bien definida (Katznelson y Milner, 2002: 3).

La percepción de que la ciencia política estadounidense es inconfundible no sólo con las prácticas profesionales y tradiciones intelectuales, como la filosofía y la llamada "teoría política" proveniente de Europa occidental, ha sido común y compartida durante décadas. Por ejemplo, hace ya medio siglo Harold Lasswell se refirió a la relativa singularidad de la ciencia política estadounidense (Crick, 1957), para distinguirla de la filosofía política o la ciencia política alemana, de la misma manera que en la actualidad un conocido autor ha observado que el 90 por ciento de los "científicos políticos" en el mundo son estadounidenses o entrenados en los Estados Unidos (Pye, 2000).

Una complicación obvia para caracterizar la identidad de la ciencia estadounidense no es que no sea una "teoría", entendida como un paradigma común de criterios metodológicos y teóricos. Más bien se trata de una serie de programas de investigación que comparten tres características básicas: la primera, es su vocación ideológica por las visiones del *excepcionalismo* de la política liberal y democrática de la política estadounidense.<sup>1</sup> Pero este consenso

<sup>1</sup> La idea del excepcionalismo americano tiene un origen antiguo, probablemente debido a Tocqueville. En los tiempos actuales, su más decisivo exponente, S.M. Lipset (1979), se refiere a que los Estados Unidos "nacieron modernos", sin la lacra del feudalismo, y nacieron liberales. Esta visión no siempre corresponde a la realidad, pero constituye un mito fundacional de la cultura política estadounidense.

más o menos establecido emana más de un *ethos* cultural compartido que de una elaboración propiamente filosófica del liberalismo y la democracia. Paradójicamente, esta convicción del excepcionalismo político estadounidense ha ido acompañado de la búsqueda de reglas universales de análisis de la política.

La segunda característica es su propuesta de que la política se puede analizar científicamente. Es decir, no sólo es una cuestión de interpretaciones adecuadas y convincentes, sino de descripciones y demostraciones ceñidas a criterios metodológicos de la ciencia.

La tercera característica es que la ciencia política ha procedido con sus programas de trabajo institucionalmente. Así que más que *grandes nombres* como en la filosofía política y la teoría normativa de Europa occidental, encontraremos que estos programas de investigación son colectivos.

De esta manera podemos dilucidar que el proyecto de la ciencia política puede distinguirse de la tradición filosófica por su enfoque empírico, y de la tradición ideológica por su pretensión de objetividad y de todas las tradiciones alternativas, en su continuidad institucional. Desde principios del siglo XX esta ciencia ha ido debatiéndose entre convicciones políticas, vocaciones disciplinarias y exigencias metodológicas, para conformar su identidad; así lo demuestra la principal asociación profesional, la American Political Science Association (APSA), que fue fundada en 1903.

En otra línea, será mejor fijarnos en la construcción de las teorías y conceptos significativos que en el ir y venir de los debates acerca de la epistemología o las filosofías de la ciencia. En los párrafos que siguen veremos pasar varios credos epistemológicos, pero la permanencia de las cosmovisiones liberales y de los compromisos con los métodos empíricos perdurará. La cosmovisión liberal se transformará en varias teorías parciales sobre los procesos políticos, específicamente de los llamados democráticos (Alford y Friedland, 1991).

La defensa de este proyecto ideológico es el rasgo que debe destacarse. Con frecuencia este trazo es sólo perceptible a la luz de las críticas a este carácter ideológico. La ciencia política como



institución se retrató a sí misma en los años de mayor éxito del movimiento conductista, como no ideológica, libre de valores, promotora de la distinción entre valores y hechos, y abogada del estudio objetivo y empírico de la política. Al hacerlo ha sido objeto de las críticas tanto del tradicionalismo como del radicalismo político.

Con frecuencia ambos extremos se han confundido y han hecho un frente común contra el programa liberal y positivista de la ciencia política estándar. Por ello, en el primer capítulo exploró la era dorada del consenso liberal y positivista, donde los enfoques filosóficos e ideológicos tradicionalistas y radicales apenas hacían acto de presencia. Gran parte de los debates sobre la identidad postpositivista de la ciencia política surgen de la reactivación del interés en la ideología y las cuestiones normativas, y si se quiere, también políticas. Como se podrá apreciar en el mismo capítulo cuatro, la respuesta de la institución de la ciencia política ha sido retomar el problema valorativo sin perder la exigencia del método científico (R. Smith, 1997; R. Goodin, 1993) y está por verse si esta reunión sale bien librada como ciencia y como juicio crítico de la actividad política en sí.

La aproximación narrativa a la ciencia política es una estrategia valiosa. De hecho es inevitable una reconstrucción de los problemas que en el pasado fueron las marcas de la moderna disciplina de la ciencia política. Mi tarea, sin embargo, no es la de escribir un ensayo histórico de la ciencia política estadounidense, sino más bien una narrativa conceptual y selectiva. Sería inadecuado tratar de abordar estos programas sin una referencia a sus orígenes y la consolidación de los rasgos básicos de la ciencia política.

La presencia de diferentes concepciones de la filosofía de la ciencia, de las estrategias metodológicas y de los temas y vinculaciones ideológicas da, en lo general, sentido a la expresión de pluralismo teórico. A este pluralismo subyace una visión dominante o hegemónica. Esta cosmovisión, para utilizar el término empleado por Robert Alford y Roger Friedland (1991), tiene una identidad característica a través de la trayectoria de la ciencia política y de sus diversas expresiones teóricas.

Muchos autores ven en este rasgo de identidad el eje de las tensiones y del progreso de la ciencia política de los Estados Unidos. Louis Hartz (1991), en un texto clásico publicado en 1955, señalaba, inspirándose en Tocqueville, la coexistencia de una tradición liberal (cuyo héroe es el inglés John Locke), que enfatiza las libertades individuales, pero tolera de cuando en cuando las expresiones provincianas y la confianza acrítica de la superioridad de la experiencia política estadounidense.

Este liberalismo absolutista, como fue denominado por Louis Hartz, se funda en el consenso político sobre las bases de la política estadounidense, que excluye las aristas y extremos de la política de la confrontación típica de la era moderna en el continente europeo. En los Estados Unidos, el consenso liberal y no la lucha de extremos, dice la tesis original de Hartz, es un rasgo único y excepcional que sin embargo debe valorarse no sólo del lado positivo, sino precisamente por sus defectos y omisiones. Pero las tesis de Hartz han sido refutadas dando paso a narrativas en las cuales el consenso liberal es más un mito que una realidad en el discurso público de los Estados Unidos. Hay que señalar que la imaginaria de un consenso liberal es poderosa y de alguna manera ha sido compartida por generaciones de politólogos.

Esta tradición fue menos producto de una construcción intelectual que de un conjunto de intuiciones e imágenes compartidas en la experiencia política de los Estados Unidos (Gunnell, 2004). Así, en la construcción de la ciencia política encontraremos no sólo visiones e imágenes de la política democrática estadounidense que sirven como marco para la comprensión de trayectorias diferentes (por ejemplo, la teoría de la modernización política), sino además, que está inmersa en las ansiedades ante las amenazas reales, pero también imaginarias, primero del totalitarismo y, después del comunismo y la movilización de las masas. Más que una defensa incondicional de la democracia, la ciencia política estadounidense ha defendido, en la teoría y en sus compromisos políticos, una visión particular de la democracia: la democracia existente en los Estados Unidos.



Las interpretaciones actuales de la tradición liberal estadounidense tienden a enfatizar, contrariamente a la tesis de Hartz, la existencia de una rica pluralidad de experiencias cívicas fundacionales (J. Shklar, 1990; R. Smith, 1997), pero coinciden en la existencia de un consenso liberal dominante. Este consenso liberal dominante está presente no sólo en la tradición política, sino en la misma ciencia política (Packemham, 1973). Este es un consenso sometido a tensiones internas en su desarrollo, debido precisamente a que oculta tradiciones variadas en la tradición cívica y política de los Estados Unidos.

La disciplina de la ciencia política no ha escapado a estas tensiones, y es por ello que los editores de un volumen recientemente publicado sobre la historia de la ciencia política estadounidense comentaban que:

algunas veces la ciencia política parece imperial en su influencia más allá de las fronteras nacionales y en definir áreas completas de investigación fuera de los Estados Unidos (...) Algunas veces la disciplina es mejor entendida por lo que ha fallado en hacer, que por sus logros (Farr *et al.*, 1995, prefacio). Pero valorar las fallas es imposible sin valorar los logros.

Desde luego, hay otra característica que puede apuntarse, y es la visión de una identidad profesional que con frecuencia rechaza diálogos con otras disciplinas como la sociología política. En la mayoría de los textos que se ocupan de examinar las tendencias y escuelas de ciencia política se omiten, con frecuencia, referencias a los trabajos de los sociólogos, antropólogos y psicólogos.<sup>2</sup> Este hecho sorprende por dos razones: la primera, es que muchas escuelas apenas pueden ocultar sus deudas con la sociología política. Contrastando con esta negación, aunque muchos autores se han ocupado de estas paradojas (Sartori 1984; Dogan y Pahre, 1993), está la pérdida de identidad de la ciencia política frente a la economía o enfoques económicos de la política.

<sup>2</sup>Podríamos añadir otra característica, que es el localismo. Es muy poco frecuente que los científicos políticos de los Estados Unidos conozcan el trabajo de sus colegas extranjeros.

Hay además, un marco filosófico liberal y una predisposición por la ciencia empírica, que de manera intermitente ha tolerado teorías y enfoques de distinto origen ideológico, como las teorías marxista y la elitista, a condición de que se sometan a las reglas básicas del enfoque liberal. El eje ideológico del liberalismo pluralista penetra a través de diversos enfoques teóricos. La desaparición misma de la noción de "Estado", tanpreciado por las tradiciones europeas, es un hecho sintomático casi inevitable de este liberalismo. No sólo es que se desconfie del "Estado" conceptualmente, sino políticamente (Gunnell, 1995).

Por otro lado, la ciencia política estadounidense adquirió su carta de madurez, teniendo como trasfondo la crisis del sistema europeo durante la Primera Guerra Mundial, el fracaso del modelo liberal alemán y el ascenso irresistible de los regímenes socialistas y fascistas. Ya en la Guerra Fría, en la disciplina de la ciencia política se refuerzan los instintos defensivos, dándole un carácter conservador que relegó los temas democráticos en favor de los temas de las libertades individuales, el orden político y el consenso ideológico (Katznelson, 1997). Como apuntan dos comentaristas, la ciencia social pluralista estadounidense antepuso con demasiada frecuencia una visión conservadora de las libertades ciudadanas a las posibilidades de una profundización de la democracia política (Alford y Friedland, 1991). En este periodo se consolida lo que dos autores (Seidelman y Harpman, 1985) han llamado el "realismo desencantado" acerca de las posibilidades de la vida democrática y política en general.

La segunda característica básica que apuntamos es la convicción de que la política puede y debe ser estudiada científicamente. Gran parte de los debates ocurren precisamente para clarificar el significado del primer término de la frase "ciencia política". Pero independientemente de la filiación a una u otra filosofía de la ciencia, la ciencia política de los Estados Unidos ha mantenido un nexo profundo con la vocación empírica de investigación. De hecho este rasgo de identidad es para algunos el distintivo de la tradición estadounidense. La persistencia de los debates sobre el "método" es indicativa de esta predisposición por la ciencia empírica. El "método" adquiere en la ciencia política de los Estados



Unidos un papel de hilo conductor de los debates,<sup>3</sup> y mantiene un sentido de terreno común en medio de una pluralidad de enfoques analíticos y teóricos.

Junto a este interés por la pertinencia metodológica y empírica y por el papel de la "evidencia" válida, que confiere a la ciencia política de los Estados Unidos sus rasgos primarios, hay que apuntar la paradoja de la ausencia de un marco teórico único o siquiera un candidato creíble a la hegemonía.

En este sentido es que en la ciencia política de los Estados Unidos ha proliferado una pluralidad de enfoques con un centro filosófico liberal y de reiterada revalorización de la identidad científica. David Ricci (1984), en su provocativo estudio sobre la ciencia política posterior a la Segunda Guerra Mundial, asocia los dos rasgos del carácter de la ciencia política, el *realismo* y el *liberalismo pluralista*, a la propuesta expresada por John Dewey.

Según Ricci, Dewey creía que el método de la ciencia era semejante a los procesos de debate democrático, y que la democracia avanzaría si se identificaba con el conocimiento científico (Ricci, 1984; Fentestein, 1997). Por ello, a falta de grandes teorías, la tradición estadounidense tomó un rumbo pragmático. Y esto valdría tanto para la sociología radical de C.W. Mills, como para las visiones más científicistas del conductismo de los años sesenta.

La idea de David Ricci merece atención, porque este pragmatismo está lleno de tensiones. De hecho su enunciado de "la tragedia de la ciencia política" implica la convicción de que el científicismo se impuso a las convicciones democráticas en los programas de la ciencia política dominante. Seidelman y Harpham (1985) argumentan de manera parecida al proponer que la ciencia política dominante en la posguerra antepuso el conservadurismo al progresismo democrático.

John Gunnell (1993), poniendo un énfasis en algo distinto, subrayaba la vocación teórica de la ciencia política estadounidense

<sup>3</sup>El sociólogo alemán Karl Mannheim escribía en 1932 que: "Es posible que muchos académicos estadounidenses admitan la importancia de discutir construcciones teóricas. Sin embargo, la cuestión principal en el campo de la metodología no es tener opiniones correctas, sino actuar correctamente. Esto revela una gran ansiedad por no violentar ciertos principios muy limitados de exactitud" (citado por I.L. Horowitz, 1983: 158).

se a condición de distinguirla claramente de las tradiciones de ideología militante o la especulación aristocrática europea. La fácil reconciliación entre la convicción liberal y la confianza en los criterios científicos de objetividad para promover la democracia estadounidense se afirmó desde el comienzo de la disciplina. Así como el repliegue a la academia, la intensificación de los criterios de trabajo profesional, la convicción de que el enfoque científico en las ciencias sociales era y debía ser compatible con la neutralidad valorativa, la necesidad de la separación entre valores y hechos en la ciencia social aparecieron en los Estados Unidos como una convicción de eficiencia democrática.

En otras palabras, la ciencia política fue concebida no como una disciplina *política*, sino *sobre* la política. La objetividad científica, la exhaustividad metodológica y la neutralidad valorativa fueron asimiladas como aliadas de la democracia. Sin embargo, muchas veces el compromiso público se dio con las élites y no con la ciudadanía democrática.

Pero haya sido una "tragedia" (Ricci, 1984) o de una ciencia política de "realistas desencantados" (Seidelman y Harphman, 1985), la ciencia política estadounidense ha estado marcada por dos vocaciones frecuentemente enfrentadas: la aspiración democrática y la idea de llegar a ser una verdadera ciencia (R.M. Smith, 1997: 253).

La historia de este posicionamiento frente a la teoría social normativa o filosofía política es en sí misma reveladora. Para John Gunnell, se trata de la propuesta implícita de concebir la relación entre teoría y práctica, diferente al compromiso ideológico o normativo asociado a los europeos. El conductismo se asumirá como una aproximación profesionalizada para estudiar la política.

De esta manera, el estudioso de la política se concebirá a sí mismo como un profesional y como un *científico*. Esta posición le conferirá la imagen de objetividad y valor a su trabajo, pero más que nada un estatus legítimo y prestigioso en el entorno universitario. Somit y Tanenhaus (1982), en su estudio de la historia de la profesión, describen este proceso en que las credenciales van adquiriendo un peso en la profesión, la respetabilidad y seriedad



de la ciencia van desplazando los estilos de discusión filosófica y teológica.

Igualmente decisivo que los motivos de la profesionalización de la actividad de los científicos políticos, está el vínculo entre la academia y sus fuentes de financiamiento (y peor aún, el uso de las ciencias sociales por el aparato intervencionista de la política exterior del gobierno estadounidense) (Horowitz, 1972; Simpson, 1998; Chomsky *et al.*, 1988; Gedzier, 1985 y 1998).

Como señalaremos en el capítulo segundo de este, la construcción de modelos de modernización, desarrollo político y transición a la democracia en los países "emergentes" ha sido una empresa central de las metas de la política exterior de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx. La ciencia política contribuyó a esta empresa con un enfoque tutelar del cambio político, no siempre ajustado a las normas éticas del mismo liberalismo, que definía la intención de la empresa, sin duda, eficaz. Pero no es acertado que la ciencia política estadounidense pueda ser reducida a un instrumento de la política exterior, de la ideología estatal o simplemente, del imperialismo de los Estados Unidos. Más bien debo reconocer la presencia de fuertes rasgos ideológicos en esta disciplina.<sup>4</sup>

La exportación de la ciencia política con todo y sus presupuestos liberales, es particularmente notable en las teorías de la modernización y el desarrollo político, y más recientemente, en las teorías de la democratización. Más que teorías neutrales, se trata de teorías que imponen un punto de vista específico; el de la ciencia política *estadounidense*. Subrayarlo es esencial para entender los alcances y las limitaciones de tales teorías, pues suponen un modelo del desarrollo político y someten sus observaciones a sus prejuicios.

Por ello, se puede afirmar que la ciencia política sigue siendo una disciplina académica. En este ensayo no será tratada como una

<sup>4</sup> Personajes adiestrados como científicos políticos han participado en la formulación y operación de la política exterior, entre ellos: Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, Samuel Huntington, Lucien Pye, Condolezza Rice, etcétera. Pero su influencia no es mayor, probablemente, que la de algunos economistas, filósofos y abogados. Sin embargo, este ensayo no es sobre las actividades de los politólogos en la política, sino sobre las teorías políticas.

ideología, sino como una ciencia social ideológica. La diferencia radica en que el hecho de asumir que es una ideología implica aceptar que es instrumental a fines y prácticas políticas específicas (por ejemplo; de las agencias gubernamentales y de las megacorporaciones privadas de los Estados Unidos, o bien que promueve activamente un orden político particular o partidista). Decir que es una disciplina ideológica implica afirmar que la construcción de sus principios científicos se elabora sobre los valores y la experiencia política y cultural del liberalismo estadounidense y en particular de sus élites políticas (Lowi, 1992).

Pero la meta de este ensayo no es elaborar una crítica puramente negativa, sino una aproximación que permita un mejor conocimiento de sus debilidades y fortalezas. La tensión entre ideología y ciencia no se resuelve negando una u otra. La búsqueda de soluciones en la ciencia política estadounidense deja entrever algunas cuestiones que me parece, ameritan una revalorización. La intensidad de los debates internos en la disciplina indica el compromiso de una ciencia social empírica, con la confrontación entre *teorías y evidencias*. Esa es la lección que quiero destacar.



*Ideología y ciencia política en los Estados Unidos:  
origen y clímax de la revolución conductista  
en la ciencia política*

## LOS INICIOS

LA CIENCIA política, como el resto de las ciencias sociales en los Estados Unidos, tiene un origen bien establecido. Estas disciplinas surgen al final de la cruenta Guerra Civil, en la séptima década del siglo XIX, como una respuesta tanto institucional como intelectual surgida en los ámbitos de la vida universitaria a los enormes cambios que sufre el país. Pero no es necesario aquí hacer una historia larga. Basta mencionar la industrialización masiva, la integración nacional por las vías férreas y la migración desde Europa y dentro de los Estados Unidos, la urbanización y los problemas sociales que conlleva, así como las crecientes desigualdades sociales. A este periodo, que se le conoce como la Era Dorada (*The Gilded Age*) corresponde el inicio de la profesionalización de la ciencia social. Esta época se caracterizó por ser de rápida acumulación de riqueza, de formación de las grandes fortunas en la banca y la industria y de un crecimiento industrial y comercial que daría con el tiempo el liderazgo económico mundial a los Estados Unidos. Pero también de una radical transformación de la sociedad y el Estado estadounidense. Justo con la emergencia de este país como una enorme potencia comercial mundial, también surgieron preguntas acerca de la viabilidad del "sueño americano" como un orden social y político democrático.

Las grandes migraciones son seguidas por la rápida urbanización e industrialización. Las fracturas raciales se ven agravadas por las divisiones de clase y la aparición de una enorme sociedad de masas. Una era de rápida movilización social también es acompa-

ñada de una nueva configuración de la política nacional. Particularmente, después de terminada la Guerra Civil, la reconstrucción del sur plantea problemas de integración política de la nueva República. Nuevos actores urbanos suplantaron a las clases agrarias en la conducción de la política y sobre todo, aparece la primera visión de un Estado nacional por encima de los poderes locales. La ciencia social estadounidense se origina en la segunda mitad del siglo XIX, en pleno periodo de expansión geográfica y económica, después de terminada la sangrienta Guerra Civil. Al final de ésta, para muchos estadounidenses de la política y la academia, los problemas nacionales empezaban a ser percibidos como una realidad por encima de los asuntos más locales o regionales.

Este periodo extraordinario enmarca el origen de las ciencias sociales en los Estados Unidos (Ross, 1991). Sin duda, desde sus inicios la ciencia política fue la disciplina que más decididamente se volcó al *ethos* de la *ciencia social*, y en ello compartió con la psicología y la economía la emulación de la imagen de las ciencias naturales como el modelo a seguir. En esta línea, la ciencia política estadounidense se diferenciaría de los intentos europeos, en el éxito de su establecimiento, como disciplina académica y en la definición de un perfil profesional. Pero el rasgo distintivo está en su base organizativa.

Al mismo tiempo, la profesionalización de las ciencias sociales, y especialmente de la ciencia política, también avanzaba en la Gran Bretaña, y a paso más lento y dificultoso se extendía en el continente europeo. Pero hay que reconocer que la organización de la actividad académica en los Estados Unidos facilitó la imposición de un clima favorable a la ciencia social por encima de la filosofía social. Aunque las primeras generaciones de científicos políticos y sociales estadounidenses del siglo XX fueron adiestradas en las universidades alemanas, al volver a los Estados Unidos se da una *ruptura con el legado alemán* (Manicas, 1989). Es difícil establecer cuándo y por qué los politólogos estadounidenses abandonaron su lealtad a la ciencia social alemana. Al parecer, la ruptura con la influencia teutona fue resultado de una decisión para la renuncia a analizar la política a partir del concepto de Estado.



A principios del siglo xx en los Estados Unidos la idea del Estado como eje de la actividad política había entrado en declive para dar lugar a imágenes de la política democrática pluralista, centrada en los grupos sociales. Pero no hay fuertes evidencias de un debate sobre la debida fundación de la nueva ciencia política. Probablemente también contribuyó el rechazo y la decepción de la política alemana a raíz de la Primera Guerra Mundial. La condena a la agresividad del Estado alemán aceleró el distanciamiento intelectual y por supuesto, impuso una fractura a la comunicación académica (que se reanuda en la sociología, pero no en la ciencia política hasta varias décadas después).

La ciencia política estadounidense se fundó en un proyecto institucional que sobreviviría y fortalecería, en tanto las instituciones académicas europeas eran destruidas por el ascenso del nazismo y el fascismo. Pero antes que nada, la disciplina de la ciencia política se estableció en un contexto de fuertes relaciones entre la academia y la industria, por medio del sistema de fundaciones privadas antes que una asociación con el Estado, como en Francia y Alemania. En palabras de John Gunnell: "Una de las cosas que más distinguieron a la academia estadounidense fue la ausencia de un vínculo político definitivo al poder y la autoridad políticas" (Gunnell, 1993: 41; Manicas, 1989: 212 y ss.).<sup>5</sup>

Este aspecto resalta un cierto tipo de intelectualismo instalado en la academia. El académico profesional y no el *dilettante* intelectual se convirtieron en los ideales de la práctica de la disciplina, mientras la imagen del intelectual europeo se asociaba a la de un héroe solitario enfrentado a la hazaña de la ruptura épica con la tradición (Wolin, 1999; Velasco, 1999: 19). En los Estados Unidos veremos una reafirmación de la idea de la investigación como una tarea colectiva, o más propiamente dicho, de la investigación agrupada en las organizaciones, y como un conjunto de reglas para la investigación, o dicho de otro modo, en una metodo-

<sup>5</sup> Notablemente Thorstein Veblen observó que las grandes universidades en los Estados Unidos surgieron como entidades privadas, con fuertes vínculos con las fundaciones altruistas, vinculadas al aparato corporativo empresarial. Veblen creía que este vínculo alejaba a los científicos sociales de la vocación científica y los convertía en una especie de resolutores de problemas del capitalismo estadounidense (Manicas, 1989: 215).



logía compartida. Es decir, desde muy temprano, los politólogos estadounidenses se identificaron a sí mismos como *científicos*, sin aceptar el dualismo entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales, establecido en las universidades europeas de principios del siglo xx.

En este sentido, el rasgo inicial es la convicción de que una sociedad y un sistema político excepcional requieren de un enfoque diferente a la tradición especulativa. El *cientificismo* (Ross) como vocación de las ciencias sociales que emula la imagen de autoridad asociada a las ciencias físicas o al menos, a la biología, ofrecía esta alternativa. En las palabras de la historiadora de la ciencia social, Dorothy Ross:

La ciencia social estadounidense lleva la marca distintiva de sus orígenes. Lo que es distintivo en la ciencia social de los Estados Unidos es el grado en que ha sido modelada según la ciencia natural antes que las ciencias históricas, y por el sitio excepcional que los Estados Unidos ocupan en el mundo gracias a su gobierno republicano y las oportunidades económicas (Ross, 1991: xiv).

La fe en el excepcionalismo democrático estadounidense y la vocación liberal iban a ser los dos rasgos más perdurables en las ciencias sociales nacionales de los Estados Unidos. Pero no son sólo condiciones sociales las que explican el comienzo de la exploración de enfoques científicos para entender y reformar a la sociedad y la política. Una expansión de la vida académica, donde nuevos grandes centros universitarios emergieron y los viejos se renovaron, reforzó la confianza en la ciencia. En particular, las ideas de Darwin conmovieron a numerosos académicos que veían en sus ideas un parámetro para medir el progreso.

La ciencia política no sería la excepción en la búsqueda de una identidad científica, sobre todo por la aspiración para diferenciarla de la filosofía y la teología, ante todo, para diferenciarla de la imagen de la filosofía política y la política europea. El *excepcionalismo* estadounidense ofrecía una imagen más deseable

del orden político, sobre todo si se contrastaba con la situación de crisis violenta que recorría a la política de los estados europeos durante y después a la Primera Guerra Mundial. La diferencia entre las monarquías, que se derrumbaban arrastrando a toda Europa a la terrible guerra, y el fortalecimiento del sistema republicano y democrático de los Estados Unidos, no podía ser más clara.

En los Estados Unidos la misma idea del Estado como fundación de la política, como durante siglos lo han proclamado los filósofos del Viejo Continente no logró arraigarse (Manicas, 1989; Farr, 1995; Gunnell, 1995). A principios del siglo xx, a la pregunta de si el liberalismo estaba sostenido en el Estado o en la sociedad, la respuesta estadounidense fue que era la sociedad (Gunnell, 1995: 31). El excepcionalismo como imagen propia de la política, surgido en la Era Dorada del siglo xix dio lugar al pluralismo que dominó la primera parte del siglo xx. Y lo más notable es que a las imágenes del excepcionalismo democrático correspondió a la búsqueda de una ciencia política singular e inconfundible. A diferencia de los arcanos de la filosofía política, la ciencia política sería empírica.

Ciertamente la vocación por un enfoque científico de la política también surgió en Europa. Destacan los esfuerzos de Max Weber por darle un fundamento científico específico a la ciencia social. Pero en los Estados Unidos, desde sus orígenes, la ciencia política buscó anteponer los ideales e imágenes de la política democrática. Ideas como "el Estado" o "el pueblo" se disolvieron en la ideología política estadounidense desde los orígenes de la Constitución (Gunnell, 1995: 21 y ss.), dando paso a una imagen "pluralista" de la política, que requiere de una ciencia empírica antes que de abstracciones arcanas inspiradas en la filosofía europea.

Es durante las tres primeras décadas del siglo xx, en que ocurren intensos cambios nacionales e internacionales, en los cuales destacan la Primera Guerra Mundial, la Gran Recesión y el *New Deal*, cuando la ciencia política emerge con un programa y perfil propios. En 1903<sup>6</sup> se funda la American Political Science

<sup>6</sup>La Asociación de Historia fue fundada en 1885, la de Economía en 1884, la de Estadística en 1889, y la Sociedad de Sociología en 1903 (Somit y Tanenhaus, 1982: 31).



Association (APSA), pero durante las décadas anteriores germinan nuevas ideas y nuevas convicciones que a la postre marcarán la identidad de esta nueva ciencia.

Simultáneamente, el clima intelectual y cultural que enmarcan los debates políticos es de agitación y crítica. En el nuevo periodismo de denuncia, en la ciudad de Chicago, los llamados "escarbadores de basura" (*muckrackers*) influyeron en la vocación reformista de la sociología y la ciencia política. Aunque la Era Progresista no necesariamente representó un clima de opinión antipitalista, sí expresó la confianza en que los males del capitalismo moderno podían ser reparados con la intervención del gobierno, como John Dewey lo articuló claramente, por medio de un orden basado en una "razonable jerarquía" que diera forma a la "inteligencia" social<sup>7</sup> (Fensterstein, 1997: 78 y ss.).

Durante esta Era, John Dewey formó una versión moderna del pragmatismo que influiría enormemente en la filosofía, la pedagogía y las ciencias sociales estadounidenses. Junto a la vocación reformista, también aparecieron los rasgos que identifican a la actividad del científico social con la de un profesionalista especializado. En palabras de Ira Katznelson y Helen Milner, "La ciencia política estadounidense nace en la Era Progresista, como una profesión no partidista de especialistas, destinada a generar conocimientos a fin de entender y ayudar a sustentar regímenes políticos liberales" (Katznelson y Milner, 2002: 4).

Pero no sólo trata de distinguir ideológicamente la emergente disciplina de la ciencia política de las doctrinas europeas contemporáneas. Desde aquellos años la ciencia política estadounidense busca deliberadamente diferenciarse, especialmente de las tradiciones alemanas, abandonando y al menos repudiando los estilos metafísicos de pensar la política.

Con ello, la ciencia política estadounidense se fijó a sí misma una serie de rasgos distintivos, que perduran hasta la actualidad. El primero es su particular visión liberal, inconfundible con las ver-

<sup>7</sup> Para un análisis de las similitudes entre la visión pragmatista o deweyana y la popperiana, respecto al papel de la ingeniería social en la solución de los problemas sociales véase David Ricci, 1984: 114-121.



siones europeas originales.<sup>8</sup> El liberalismo estadounidense define el marco ideológico de la ciencia social y, particularmente, de la ciencia política en ese país:

Sustantivamente –dicen Katznelson y Milner–, esta arena de análisis político comparte, con otras tradiciones nacionales dedicadas al estudio sistemático de la política moderna, especialmente la alemana, un entendimiento del Estado como un complejo conjunto de instituciones y normas. Hay que resaltar que existe una diferencia clave. En los Estados Unidos, el impulso a estudiar al Estado está asociado en gran medida con el deseo de controlar al Estado por la sociedad civil (Katznelson y Milner, 2002: 8).<sup>9</sup>

Aunque tal vez Katznelson y Milner tienden a subrayar demasiado la noción de sociedad civil y deberían señalar en cambio la idea de una ciudadanía política, formada por individuos, la ciencia social estadounidense piensa en términos de ciudadanos y grupos, y al final de cuentas, en el equilibrio resultante de su interacción.

Y esta vocación es la que da sentido a su segunda característica distintiva: el pluralismo entendido como principios teórico y político, como las alternativas específicamente estadounidenses a la metafísica política y al culto estatista en la ciencia política alemana e italiana. Es así como desde su origen liberal, la ciencia política estadounidense tiene un carácter excepcionalista y plu-

<sup>8</sup>Louis Hartz desarrolla la imagen más influyente sobre el liberalismo estadounidense. Para Hartz, a diferencia de la versión europea, el estadounidense era un liberalismo absolutista y proclive al provincialismo (Hartz, 1955). Más de un siglo antes de Louis Hartz, Alexis de Tocqueville había notado lo mismo en su clásico estudio de etnografía política, *La democracia en América*.

<sup>9</sup>Casi medio siglo antes, Louis Hartz había observado *the relative statelessness* (la relativa desestatidad) de la ideología liberal de los Estados Unidos, comparado con las teorías dominantes en Europa (véase el ensayo de John Gunnell, 1993). En la cosmovisión liberal estadounidense predomina la idea de que no hay un Estado, en la medida que no es un ente físico, sino grupos e intereses en equilibrio y un sistema de instituciones que deriva de la lucha de los grupos. En suma, el Estado no tiene una realidad empírica. Pero la visión del Estado como un ente marginal o residual de la sociedad también es compartida por el marxismo, adversario acérrimo del liberalismo.

ralista, comprendiéndose esto como antiestatista y antipopulista. Liberalismo y pluralismo se fusionarían<sup>10</sup> sin ningún tipo de cuestionamiento.

En general, la ciencia política nace con rasgos muy diferentes a las tradiciones de investigación europeas. El rechazo deliberado, aunque pocas veces efectivamente alcanzado, a introducir consideraciones metafísicas, significa una profesión de fe en la superioridad de la ciencia empírica.

Asimismo, la antipatía y el temor al Estado omnipotente reforzaron al liberalismo y al pluralismo político como base teórica. Bernard Crick captó este espíritu cuando escribió que:

En una sola frase, la ciencia de la política asume una particular relación cuatripartita entre la noción común de ciencia, tal como se entiende en el pensamiento ordinario estadounidense, la idea de un entrenamiento ciudadano común, la generalización de los hábitos de la democracia estadounidense y la fe común en la inevitabilidad del progreso o de un destino manifiesto de la sociedad estadounidense (Crick, 1959: xv, subrayados en el original).

Ciencia, ciudadanía, democracia y progreso fueron desde sus inicios y son hasta hoy los ejes temáticos de la ciencia política en los Estados Unidos.

La ciencia política de la Era Progresista compartió el programa filosófico del pragmatismo como su visión unificadora. El pragmatismo ofreció la coherencia necesaria para orientar los esfuerzos y crear una verdadera ciencia política capaz de integrarse a los procesos de cambio y reforma. En particular, la noción de

<sup>10</sup>El lector recordará que el pluralismo, como doctrina política, se origina como una reacción a las teorías que establecían que sólo el Estado es el depositario de la soberanía. León Duguit, en Francia y Harold Laski en Inglaterra son sus principales exponentes. Dahl sostiene que el pluralismo político es una doctrina opuesta a las teorías "monísticas" de la democracia asociadas al filósofo francés J.J. Rousseau. Por vía de Laski, el pluralismo llega a los Estados Unidos y se fusiona con las teorías de Bentley (véase *infra*) para dar origen al pluralismo teórico de la ciencia política (Dahl, 2001). Hasta los años sesenta del siglo xx el pluralismo político se refiere a la diversidad de los intereses observables, antes que a una teoría de la diversidad de identidades, asociada al multiculturalismo.

